

buque irá á estrellarse contra el escollo de las realidades, y todos se burlarán del piloto ideólogo.

Su verdadero deber, es realizar las sanas ideas de su tiempo, y de este modo es como se hará verdaderamente popular. La impopularidad nace generalmente de la lucha contra las ideas dominantes, que es la gran nota tónica de la voz de la nación. Si los jesuitas son tan impopulares de un siglo á esta parte, no es sólo á causa de sus intrigas, sino porque han drclarado una guerra mortal al espíritu, á la conciencia, á las aspiraciones modernas.

5.) Toda época tiene sus preferencias para ciertas formas, lo cual no debe olvidar el hombre de Estado. Hace un siglo pudo tolerarse el absolutismo inteligente, y engendró grandes cosas sin grandes combates; pero hoy hallaría graves resistencias, aún cuando quisiera inspirarse en las ideas modernas. Cavour tuvo antes que Bismark el apoyo y la adhesión de su pueblo, porque supo desde el principio poner la forma moderna al servicio de las ideas nuevas, mientras que este último parece que, en un principio, quiso despreciar la forma, pretendiendo realizar el espíritu moderno por medio del antiguo régimen. La obra de Bismark ha sido más penosa y más lenta; y sólo se ganó la adhesión de la mayoría mostrándose al fin favorable á las formas representativas.

6.) Sin embargo, la realización de las ideas modernas no debe ser el fin exclusivo del hombre de Estado. El poder histórico de la autoridad y de las costumbres tradicionales tienen también su importancia. Que el sabio deduzca de sus libros las consecuencias rigurosas del espíritu del tiempo, no tiene nada de extraño, porque esta es su misión; pero la vida real no se compone de simples líneas rectas, como la doctrina; es necesario que agite y depure los principios para poder aplicarlos. La política práctica es un arte complicado en dónde numerosas fuerzas se encuentran, se combinan y se combaten; los miramientos, las transacciones y los compromisos son aquí indispensables. Negar toda concesión por un ciego celo por el espíritu moderno, es propio de un doctrinario, no de un hombre de Estado.

CAPITULO IV.

CIFRA, CRECIMIENTO Y DISMINUCION DE LA POBLACION.

El Estado es una comunidad de hombres; éstos, y no el país, consti tuyen su verdadera fuerza.

Cada hombre representa cierta cantidad de fuerzas. Así, pues, la importancia y el poder del Estado aumentan naturalmente con el número de sus nacionales, si bien esta regla no es absoluta, pues las cualidades, la cultura y la educación de los ciudadanos desempeñan también un papel importante. Los 37 millones de Franceses representan políticamente más que los 400 millones de Chinos, y los 30 millones de Ingleses más que los 180 millones de Indios. Suiza sólo tiene dos millones y medio de habitantes, ménos del uno por ciento de la población de Europa; y sin embargo, nadie le dará una importancia proporcionalmente tan pequeña.

Como forma masculina de la vida comun, brilla principalmente el Estado por sus virtudes viriles. Las naciones de espíritu y de carácter varonil, tienen naturalmente más importancia que las masas pasivas y serviles.

Así, pues, el aumento de la población no es un progreso, ni su disminución una pérdida, sino que es necesario ver antes si las fuerzas viriles han aumentado ó disminuido proporcionalmente. Un Estado puede sufrir un exceso de población.

Pero, hechas estas reservas, la cifra de la población es generalmente el signo del progreso ó del decrecimiento, y la política debe observar de cerca estos movimientos.

En el siglo XVIII se consideraba, por punto general, todo aumento como un bien. Después de Malthus, se cree más bien que la naturaleza nos impulsa á la excesiva multiplicación, y que es necesario reprimirla más bien que animarla. Sábese que, según el célebre Inglés, crece naturalmente la población en una progresión geométrica y las subsis-

tencias sólo en una progresion aritmética; así es que habria una desproporción siempre creciente entre las subsistencias y la poblacion, y marcharíamos inevitablemente á la miseria general. Sería, pues, conveniente poner obstáculos á la fecundidad natural, y las guerras y las epidemias serían remedios necesarios que librarán á la sociedad de un fin desastroso.

Pero si esta ley fuese cierta, ¿no sería un vicio enorme en la creacion? ¿Habían de estar los hombres condenados á vivir en una tierra que habia de llegar á ser impotente para alimentarlos? La tutela de los débiles, la proteccion de todos por el Estado, las ciencias, la medicina, una vida metódica, el comercio, la menor frecuencia y crueldad en las guerras, en una palabra, toda la civilizacion tiende á prolongar la vida humana, á disminuir la mortalidad. Pero el género humano se engañaría lastimosamente alegrándose por estos progresos, que no harían más que precipitar el momento fatal y terrible. Habría, pues, una contradiccion entre los fines de la humanidad y la perpetuacion de la especie. Cuanto mejor llenásemos nuestros deberes morales, más caminariamos hácia nuestra ruina.

El norte-americano, M. H. C. Carey, ha refutado con razon este sistema. Puede afirmarse en efecto que:

1) La armonía aparece por doquiera en la naturaleza; las fuerzas estan en ella admirablemente proporcionadas; y la contradiccion que indicó Malthus sería tan insólida, que habria que probarla rigurosamente.

2) Pero la ley de Malthus está sacada de hechos aislados contradichos por otros; Francia, por ejemplo, tenía en 1780 21 millones de habitantes; en 1834 tenía 34 millones; en 1760 producía 94 millones y medio de hectólitros de trigo; en 1840 producía 182 millones y medio. El rendimiento del trigo ha aumentado, pues, mucho más que la poblacion. Segun la ley de Malthus, la mayor parte de los Estados de Asia y de Europa debían haber perecido tiempo há por exceso de poblacion.

3.) La fecundidad del hombre es menor que la de los animales; y los organismos son tanto más fecundos cuanto más inferiores. Los insectos, lo son más que las aves, los peces más que las bestias de carga. Las semillas de las plantas se cuentan generalmente por millares; y sin embargo, todo está dispuesto de tal modo, que las plantas

y los animales viven simultáneamente, y sin que una especie sea jamás completamente absorbida por la otra. ¿Por qué, pues, el hombre, que es el ménos fecundo de los seres, habia de absorberlo todo?

4) Es indudable que el hombre se nutre con alimentos vegetales y animales, atacando de este modo continuamente su existencia; pero, por otra parte, sus cuidados y su industria aumentan el número y los productos de todas las especies útiles

5) Más bien por falta nuestra, que por una ley fatal, es por lo que tierras ántes fértiles, se han trasformado en llanuras estériles, por ejemplo, las riberas del Tigris y del Eufrates, que alimentaban ántes ciudades populosas. Nada se hace por restituir al suelo los elementos de su fecundidad, y se esteriliza naturalmente; se descuajan los bosques, y prepáranse de este modo las sequías ó las inundaciones. Las grandes ciudades pueden destruir ó aumentar á su antojo la fertilidad de sus inmediaciones. La campiña de Roma, otras veces tan fértil, se ha convertido en un desierto por culpa de los hombres, miéntras que los alrededores de Nápoles y de Florencia estan cubiertos de magníficos jardines.

6) Cuanto más cultiva un sér su razon natural, más capaz es de dirigirse á sí mismo. Ahora bien, el hombre es mucho más libre que cualquier otro animal, áun en lo relativo á la generacion; es ménos dependiente de los deseos sensuales; su accion es mucho más voluntaria. Llamado á desarrollarse armónicamente á sí mismo, no puede olvidar el límite de las subsistencias. Nada le obliga á engendrar, y hasta debe abstenerse para evitar una desproporción. Malthus, que generalmente extrema las cuestiones, tiene razon en apoyarse en este deber moral.

7) La fecundidad de los hombres varía con las circunstancias, el grado de civilizacion, la clase de alimento y de trabajo. Los estambres de las flores cultivadas, se convierten naturalmente en pétalos de bellisimos colores; así tambien, observa Carey, la cultura del espíritu absorbe una parte de las tendencias generatrices, y disminuye la fecundidad.

9) Puede indicarse ademas una última causa más profunda. La historia desarrolla las fuerzas y las consume. Las familias históricas se forman, crecen, brillan durante

algun tiempo, y despues declinan y se extinguen. Sólo en las sombras donde no penetran los rayos de la historia, es donde las estirpes parecen perpetuarse indefinidamente durante millares de años. Todo lo que sale á la luz, sólo tiene una existencia relativamente corta. No hay más que fijarse en las familias conocidas de Europa; despues de un par de generaciones, se las ve debilitarse y extinguirse. Las familias históricas que remontan su existencia á 500 años, son muy contadas; parece que se ve decrecer su fecundidad. Los pueblos presentan algo análogo; alcanzan su pleno desarrollo, despues declinan al mismo tiempo su fecundidad y su génio creador. Puede afirmarse que la antigüedad del tipo puro del Hebreo ó del Romano, fué la causa principal de su desaparicion sucesiva.

La misma ley se aplica indudablemente á toda la humanidad, y es probable que su fecundidad ha de ir disminuyendo lentamente, cuando haya cumplido sus principales fines, y realizado las más grandes ideas que persigue, cuando, despues de millares de años, entre este todo vivo en su vejez, cuando haya trascurrido la flor de su vida.

Podemos, pues, desechar los temores de Malthus. La previsora naturaleza, léjos de negarnos lo necesario, nos da á veces lo supérfluo, para remediar nuestra imprudencia.

Un hecho muy notable del mundo moderno de Europa y de América, es el crecimiento relativamente mas rápido de las poblaciones germánicas. Esto es verdadero, por lo ménos, respecto de Inglaterra y de Alemania, comparadas con Italia y Francia. Hé aquí, en efecto, algunas cifras.

Francia.		Italia.		Inglaterra y país de Gales.	
1762..	21,769,163 h.	1812..	19,800,000 h.	1801..	9,156,171 h.
1801..	27,349,902	1858..	25,880,000	1811..	10,454,529
1821..	30,471,875	1871..	25,801,154	1821..	12,172,664
1831..	32,569,223			1831..	14,031,986
1841..	34,230,178			1841..	16,035,198
1851..	35,783,170			1851..	18,054,170
1861..	36,713,166			1861..	29,066,234
1872..	36,102,921 (sin Alsacia y Lorena).			1871..	26,216,922

Prusia.		Alemania sin Austria.		Estados-Unidos.	
1817..	10,536,571 h.	1786..	18,000,000 h.	1790..	3,929,872 h.
1849..	16,331,187	1815..	20,475,361	1800..	5,305,925
1861..	18,491,220	1860..	32,212,307	1810..	7,239,814
1871..	24,693,487	1871..	41,060,665	1820..	9,638,131
	(despues de la anexion)			1830..	12,886,020
				1840..	17,069,453
				1850..	23,191,876
				1860..	31,243,322
				1870..	39,925,598

Las diferencias son tanto más chocantes cuanto que las poblaciones latinas emigran ménos que las germánicas. El número de emigrantes es proporcionalmente mucho mayor en Alemania y en Inglaterra que en Francia y en Italia. El aumento más rápido se presenta naturalmente en los Estados-Unidos.

La especie humana se perpetúa por el matrimonio. La poblacion aumenta con la moralidad, donde quiera que está sabiamente ordenada. La filiacion legítima da al hijo hogar, morada, educacion y familia; es, pues, evidente que hace ciudadanos más capaces y mejores. Así, pues, las leyes que ponen obstáculos al matrimonio son doblemente malas, aumentan tambien doblemente los nacimientos ilegítimos, y disminuyen los otros.

Al mismo resultado conducen las leyes que prescriben ó favorecen el celibato, atentan á la libertad individual y trastornan la armonía de la creacion. El celibato impuesto al clero católico, los conventos de los budhistas y de los cristianos privan de descendencia á un cierto número de hombres más ó ménos cultos. Los grandes ejércitos permanentes, y los sueldos mezquinos de ciertos empleos públicos, traen consigo análogas consecuencias. Todas estas instituciones cohiben la naturaleza y son perjudiciales económica y políticamente consideradas.

La distribucion de la poblacion tiene tambien grande importancia, aunque ménos cuando se considera simplemente la densidad media que cuando se estudian las agrupaciones y la relacion de la poblacion urbana con la poblacion rural. Bajo la relacion de la densidad tenemos las cifras siguientes:

	Millas cuads. geográficas (a).	Poblacion	Por milla cuadrada.
Europa.....	178,870	300,530,007	1,680
Asia.....	813,555	798,220,000	981
Africa.....	543,523	203,300,000	374
América.....	751,281	84,542,000	112
Oceanía.....	161,099	4,438,000	27

Vése, pues, cuán favorable es á Europa la proporcion, y cuán despoblado está en relacion á ella el Nuevo-Mundo; pero comparemos tambien entre sí los diversos Estados de Europa, adoptando las tres clases de *Behm*.

I. Densidad máxima que excede de 5.000 habitantes por milla cuadrada.

Bélgica.....	a	9,511 hab. por milla cuadrada.
Los Países-Bajos.....	»	6,161 hab. »
Las Islas Británicas.....	»	5,530 hab. »

II. Densidad media 2.000 á 5.000 habitantes.

Italia.....	a	4,915 hab. por milla cuadrada.
El Imperio de Alemania..	»	4,182 hab. »
Francia.....	»	3,761 hab. »
Suiza.....	»	3,548 hab. »
El Austria-Hungría.....	»	3,168 hab. »
Dinamarca.....	»	2,572 hab. »
Portugal.....	»	2,460 hab. »

III. Densidad mínima que no llega á 2000 habitantes.

España.....	a	1,828 hab. por milla cuadrada.
Grecia.....	»	1,602 hab. »
Turquía.....	»	1,456 hab. »
Rusia de Europa.....	»	766 hab. »
Suecia.....	»	526 hab. »
Noruega.....	»	303 hab. »

La relacion entre la poblacion urbana ó industrial y la poblacion rural, no puede hacerse con exactitud; los límites son más vagos; las grandes ciudades se extienden por la campiña, y las aldeas se convierten en centros industriales. Es, sin embargo, evidente que la poblacion rural constituye el fondo primitivo de la nacion, y guarda mejor su sello original. La poblacion urbana representa más bien la cul-

(a) La milla geográfica equivale á 7,240 metros; por consiguiente la milla cuadrada=55 kilóm. cuads. Dividiendo las cifras expresadas por 55, se tendrá la densidad de la poblacion por kilóm. cuad.

tura y la civilizacion del conjunto, la direccion política é inteligente.

No debe desearse que la poblacion urbana sea relativamente insignificante, una décima parte, como en Rusia; pero tampoco es bueno que absorba la poblacion agrícola como sucede hasta cierto punto en Inglaterra, en donde las ciudades cuentan con tantos habitantes como la campiña, ó en Francia, donde el aumento de poblacion urbana (ha subido de 24'72 por ciento á 27'31, desde 1848 á 1856) se produce á expensas de la poblacion rural. En el primer caso el Estado sería rudo ó poco culto; en el segundo faltaría el capital natural, las fuerzas primeras, y el Estado podria caer en una situacion artificial, tanto más peligrosa, cuánto más haya de tomar de la fuente viva y perenne de los campos.

Las mejores condiciones para el Estado europeo moderno parecen estar en una proporcion de 25 á 34 por ciento de poblacion urbana. Las fuerzas naturales de la nacion conservan de este modo su vigor, y son bastante ricas para reemplazar las que devorà la actividad febril de la vida de las ciudades. Al mismo tiempo puede tomar la cultura urbana un vigoroso vuelo, y satisfacer y fecundar el espíritu público.

Las grandes capitales han venido á ser hoy de gran importancia en la vida de los Estados. Todos los esfuerzos de la industria, del comercio, de las ciencias y de las artes corren á torrentes hácia su seno. La civilizacion más elevada de que es capaz un pueblo, despliega allí sus magníficas riquezas y esparce la vida por todas partes. El poder del Estado se concentra allí con una energía suprema.

Pero estos grandes centros tienen tambien sus peligros. Las clases bastante cultas y siempre en minoría, se confunden en cierto modo con las masas ignorantes, fáciles de agitar. Sus habitantes son muy inclinados á la crítica y á la burla; tienen poco respeto á la autoridad, se rien de todo, y la buena opinion de sí mismos no reconoce límites. Las pasiones aumentan y se exageran con tantos recursos como allí hay acumulados. El populacho puede llegar á ser una potencia.

Así, pues, la experiencia nos enseña que la inteligencia política de las grandes ciudades es generalmente mediana, y que los representantes que nombran son las más veces, ó de escasa valía, ó señalados sólo por sus opiniones ex-

tremas, viniendo á ser de este modo más peligrosas que útiles al Estado moderno, que no puede, sin embargo, prescindir de ellas. La ciudad grande debe ser el cerebro de la vida comun, el espejo del pensamiento y de los sentimientos de la nacion. Aumentando desmesuradamente roba al cuerpo toda su vitalidad, y el Estado se halla amenazado de muerte á la primera debilidad de su cerebro, al primer triunfo de las masas ciegas de su capital. Las grandes ciudades provinciales sirven de complemento y contrapeso á la metrópoli, y son tambien muy útiles al Estado.

El Imperio alemán cuenta 32 ciudades de más de 50.000 habitantes; pero sólo 10 de éstas pasan de 100.000; Berlín es la única que tiene más de 500.000 (826.351, en 1871; en la actualidad cuenta 1.000.000 próximamente).

Austria-Hungría sólo tiene 10 ciudades que pasan de 50.000 habitantes, y sólo 3 exceden de 100.000; Viena tenía en 1872, 901.380. Inglaterra, por el contrario, tiene 40 ciudades de más de 50.000 habitantes, 18 de ellas de más de 100.000; y Londres contaba en 1871, 3.254.260.

Francia cuenta 23 ciudades que pasan de 50.000, 9 con más de 100.000 habitantes; París cuenta en la actualidad con más de 2 millones.

En Italia hay 24 ciudades de las primeras, y 10 de las segundas, pero ninguna alcanza la cifra de 500.000.

La Rusia europea cuenta 12 ciudades de la primera clase, 6 de la segunda y 2 que pasan de 500.000 almas (San Petersburgo tenía en 1869, 668.000; Moscow en 1871, 612.000. En Bélgica, cuatro ciudades pasan de 100.000 habitantes, y Bruselas tenía en 1869, 314.077 habitantes; en los Países Bajos hay 4 ciudades que tienen más de 50.000, y 2 de más de 100.000; España tiene 9 ciudades de la primera clase y 3 de la segunda; Portugal y Suiza tienen sólo 2 cada una de más de 50.000 habitantes; Dinamarca una sola, pero cuenta 181.291. Turquía tiene 6 ciudades; de más de 50.000 y una de 600.000 (Constantinopla). Los Estados-Unidos cuentan 23 de la primera clase y 13 de la segunda; Nueva-York tiene cerca de 1.500.000 habitantes.

CAPITULO V.

LA FAMILIA Y LAS NACIONES EUROPEAS.

La Europa moderna difiere considerablemente de la antigua y de la feudal.

La Europa antigua había producido la civilización greco-romana y el imperio universal de Roma que se extendía sobre toda la Europa meridional y sobre la mayor parte de la central. Distinguíase perfectamente el Oriente griego del Occidente latino; Roma y Constantinopla habían venido á ser ambas capitales; dos lenguas se dividían el Estado, y dos pueblos diversos se encerraban en su seno. Pero en el fondo, el imperio greco-romano continuaba siendo un poder político único con una misma civilización. No tenía más que una religión, el cristianismo; un solo derecho, el derecho romano.

En la Europa feudal, el Occidente latino se separó más exactamente del *Oriente griego*. La antigua unidad, rota definitivamente, sólo ha continuado de nombre por el título de emperador romano que tomaron los reyes alemanes. Formáronse en Occidente nuevos reinos, principados y repúblicas poderosos, dominando en ellos el elemento germano; sin embargo, la Iglesia continuó siendo latina y venera todavía en el Pontífice á su jefe espiritual. El Oriente, por el contrario, ha venido á parar á la ruina. Rusia estuvo durante siglos en poder de los Mogoles; Grecia y España fueron presa de los Mahometanos. La educación política era insignificante; los tendencias religiosas lo dominaban todo.

La Europa moderna tiene fases muy variadas. Pueden distinguirse por la raza tres grandes familias de pueblos; los Romanos (greco-latinos), los Germanos y los Eslavos. Todos tienen un origen comun; todos pertenecen á la gran rama de los Arios, tan bien dotados para el Estado; pero los tres están más ó menos mezclados, sobre todo en Oriente, de elementos no ários.